

La manía de morir

ANTONIO DIÉGUEZ

CATEDRÁTICO DE LÓGICA Y FILOSOFÍA DE LA CIENCIA EN LA UMA

Que una cosa tan gorda como la muerte carezca aún de una explicación científica satisfactoria es algo que resulta sorprendente y debería escandalizar a los que piensan que la ciencia debe tener respuestas para todo.



Contrariamente a lo que mucha gente cree, por el mero hecho de haber estado vivo una temporada no hay obligación de morirse después. En realidad, los científicos no están muy seguros de por qué está tan extendido el empeño en fenecer. Según sugieren algunos biólogos, la muerte está inextricablemente ligada al sexo, como en las películas de detectives. Morimos porque somos organismos con reproducción sexual, y esos organismos quizás se lo pasen muy bien un tiempo frecuentando a sus parejas, pero luego, con pocas excepciones, pagan la fiesta con el precio de la muerte. Una vez que han procreado, la selección natural se desentiende de su destino. Aunque se vayan cayendo a trozos, la selección ya no los ve. No puede mejorar su condición. Su misión está cumplida: han dejado por algún lugar los preciados genes que garantizan que el show tendrá continuidad. Las bacterias, en cambio, se reproducen asexualmente, partiéndose en dos cuando les apetece o les conviene, y no se mueren nunca (a no ser que un virus o un bicho malvado, como nosotros, se ponga a la tarea de liquidarlas). Son, pues, potencialmente inmortales, como las células de un cáncer.

Que una cosa tan gorda como la muerte carezca aún de una explicación científica satisfactoria es algo que resulta sorprendente y debería escandalizar a los que piensan que la ciencia debe tener respuestas para todo. Pero los filósofos no lo han hecho mucho mejor. Para encontrar una explicación a la muerte han solido anclarla en la propia condición finita y compleja de todo ser vivo. Pero claro, esto no explica mucho. Es como decir que todo lo que acaba tiene un final. Quizás por eso, algunos se han puesto solemnes y han visto en la muerte, o de forma más precisa, en la consciencia de la muerte, capacidad de la que solo nuestra especie parece 'gozar', aquello que realmente da sentido a la vida. El ser humano, decía Heidegger, que en esto de ponerse solemne no ha tenido rival, es un ser-para-la-muerte (así, con guiones, para que parezca más trabajado el asunto). La muerte, mi muerte, es lo más propio que tengo, porque nadie puede morir por mí. Toda una gracia, vamos. Es como para no haber venido al meeting de haberlo sabido.

Los científicos, que son por lo habitual gente práctica, no sabrán muy bien por qué nos morimos, pero ya se han puesto a la tarea de evitar que esta inconveniencia ocurra en lo sucesivo. Están trabajando en la inmortalidad. Algunos, como el gerontólogo Aubrey de Grey (nada que ver con Anatomía de Grey), prometen a los que hoy son jóvenes una existencia sin límites. Para cuando cumplan ochenta años, la medicina habrá avanzado tanto que habrán llegado a esa edad en unas exce-

lentes condiciones de salud y podrán vivir un puñado de años adicionales, pongamos cuarenta años más. Y cuando lleguen a los ciento veinte años, la medicina habrá avanzado tanto que podrán revertir todas y cada una de las células de su cuerpo, incluidas las del cerebro, a su estado juvenil; de modo que la muerte quedará para ellos en un horizonte indefinido. Lástima que a mí me pille esta cuenta ya en la madurez. Llevo toda la vida siendo de la última promoción que no tiene acceso a alguna prebenda.

Hay, sin embargo, algunos pequeños problemas en todo ello que los aguafiestas se empeñan en recordar. ¿Tiene sentido una vida indefinida? ¿No se convertiría en una eterna repetición de lo mismo; algo sin duda aterrador? ¿Qué hacemos con la superpoblación creada por una especie en la que nadie muere y siguen naciendo individuos? ¿Acabamos con la procreación? ¿Qué capacidad de innovación intelectual tendrá una sociedad formada por longevos a la vuelta de todo? ¿Qué apego podríamos tener a los demás si sabemos que en una vida de duración ilimitada es poco probable que permanezcan junto a nosotros un tiempo significativo?

¿Será finalmente el mundo un pueblo pequeño y aburrido en el que todo el mundo ha terminado alguna vez por conocer a todo el mundo? ¿Cuántas veces en una vida sin término tendría uno que oír a Arzalluz? ¿Perderá cualquier acción, como preveía Borges en uno de sus memorables cuentos, toda motivación, hasta dejarnos sumidos en un terrible sopor filosófico? ¿Qué pasaría en la liga de fútbol si un Messi y un Cristiano Ronaldo fueran inmortales y perennes? ¿Tiene derecho todo el mundo, incluido José Luis Moreno, a ser inmortal?

No debe perderse de vista, además, que una cosa así le hundiría el negocio a buena parte de las religiones más extendidas, que sustentan su éxito en el trapicheo regulatorio

de todo lo que tiene que ver con el sexo y con la muerte. Esto podría generar desazón en muchas personas, entre ellas, ciertamente, las de las jerarquías correspondientes. Aunque el problema sería en este caso gobernable, porque podrían encontrarse alternativas. Si la vida eterna ya estuviera aquí, no cabría descartar que algunos obispos terminaran ejerciendo otros oficios, como el de portero de discoteca. La vida de un inmortal da tantas vueltas.

Los filósofos no se están ganando el pan en estos días, al menos en nuestro país. Nos han prometido la inmortalidad y muy pocos se han dedicado a darle una pensada al asunto. Y el caso es que casi nadie quiere morirse. Algo que requiere alguna atención, porque lo de ser inmortal tampoco parece que sea jauja.

